

## ADOLFO MACÍAS O EL VIOLENTO ROMPERSE

Cecilia Velasco

Desde que Adolfo Macías, nacido en Quito en 1960, publicó su primer libro, tuve la sensación de que él había llegado para ocupar un lugar importante en el espacio de nuestras memorias lectoras. Tuve también la impresión de que había llegado para constituirse en un referente de la narrativa joven de este país. Así me hicieron pensar su capacidad de exasperar y producir inquietud a través de las palabras, su modo de penetrar en unas zonas vedadas de nuestra intimidad y nuestros temores para, serena y sobriamente, ir nombrando las cosas y los seres.

Sus primeras incursiones pertenecen al género del cuento, bajo el cual publicó el suscitador volumen *El examinador*; luego vino su libro de doble cara: *El parto de la luz y el parto de las tinieblas*, prosa y poesía.

Pero si lo de serenidad y sobriedad pudieron haber sido rasgos en sus dos primeros libros, creo que ahora, a propósito de su primera novela *Laberinto junto al mar* (Quito, Planeta, 2001) debería introducir una modificación. Adolfo no nombra el mundo y los seres con serenidad y sobriedad, sino con violencia y desmesura, con cinismo, y llega por momentos a niveles de violencia que no sé cuánta justificación tengan con relación a los sentidos de la obra.

*Laberinto junto al mar* constituye algo así como una reelaboración de «El parto de las tinieblas», un relato más bien breve en el que se plantea la idea de un nacimiento surgido desde las oscuridades absolutas. En ese sentido, son altamente significativas las palabras del poeta marginal —personaje clave— mediante las cuales, apelando indirectamente al lector, se conmina a «aceptar el parto de las tinieblas» para entender la implosión de la luz, y de ese modo llegar a la identificación con Dios y ser, «con él y en él», también como él, «cruelles, generosos y puros».

Los lectores podrán asociar el nombre de Adolfo Macías con los de otros narradores contemporáneos ecuatorianos, como Santiago Páez o Gabriela Alemán. En el caso de aquél, me refiero particularmente a su novela *Los archivos de Hilarión*. Comparten un afán por recorrer zonas morales límites a través de personajes marginales, sacrílegos, ilegales. Está presente una indagación en las regiones del mal o la exploración irrefrenable e ilimitada, como caminos que permiten alcanzar la unidad perdida con el mundo natural o, incluso más allá, como métodos que permiten alcanzar el conocimiento.

A los dos les es común un dar cabida a elementos de índole claramente fantástica o propiamente desmesurada, alejados de una perspectiva costumbrista o realista, ubicados los narradores en zonas extrañas, remotas, más bien alejados de referentes geográficos o culturales cercanos. Una literatura fantástica, concebida desde una conciencia, se puede decir así, exilada, extraña, extranjera.

No obstante los nexos, que creo siempre es necesario situar, aunque sea aproximadamente, es evidente que cada escritor tiene lo suyo que es, felizmente, más bien intransferible. Así, en el caso de Adolfo Macías, siento en este laberinto, latir con mayor fuerza algunas presencias que antes ya se habían advertido. Una de ellas es la ciudad. Cuando el profesor Gómez inquiere al poeta, que es su maestro, acerca de cómo cazar las víctimas de las que precisa para sobrevivir, éste le responde: «No la matarás tú, sino el Alma de la Ciudad, direccionada por tu imaginación y tu voluntad unidas». La urbe, que es una Quito posterior a los 90, cuya edificación clave es aquella que los abuelos conocían como el «Museo de la ciudad», es asumida por los personajes como el espacio propicio para la rutina y el adocenarse de días, como bloques o edificios, uno detrás de otro, sin sentido ni trascendencia. Ciudad anuladora e hipócrita, que vive de ofrecer a sus habitantes promociones y grandes ofertas; «un mundo despiadado y monótono» en boca del narrador, «un laberinto de costumbres», que refleja «la sorprendente inutilidad de lo existente».

Desde luego que no es solo la ciudad de Quito. Más bien, me parece que son todas, puesto que se trata de una construcción simbólica de los agravios y las humillaciones. «De mis humillaciones y fracasos», como decía Borges en alguno de sus poemas a la ciudad de Buenos Aires. En este ámbito, es indudable que el texto de Macías tiene implicaciones éticas, porque este espacio, en cuyas catacumbas viven y pululan los mendigos, y donde los agonizantes dejan como herencia a los más jóvenes las córneas o las pequeñas bolsas colgantes donde se guardan los utensilios de extracción de órganos y sangre humana, transfigurado por la poesía que construye hipérboles y horrores corresponde a alguna de nuestras ciudades donde un hombre es pateado hasta morir por una multitud embrutecida; y sus calles son las mismas en donde viven miles de niños que son como esa «gente huraña y sucia, de manos endureci-

das y rostros embotados por la estupidez». Personajes que en el texto de Adolfo pasean por sobre los montones de cadáveres desnudos «bañados por la enfermiza luz del alba». Es decir que aunque la ciudad aparezca dotada de rasgos fantasmagóricos y esperpénticos, nos devuelve la imagen de nuestra propia crueldad.

«La Benemérita Sociedad Filantrópica de la Nación» recibe las herencias legadas por los voluntarios que sean capaces de renunciar a la vida por el extremo apego a una causa noble. El Ministerio de Bienestar Social, ubicado en la calle Montúfar, tiene la misión de comprobar, vía exámenes siquiátricos amañados y un interrogatorio en brazos de un aparato detector de mentiras, si el así autocalificado «donante voluntario» no es un suicida en potencia, un desilusionado de la vida, sino en verdad un individuo equilibrado y seguro de querer otorgar a su existencia una «culminación ética»; alguien cuya nobleza extrema le impele a abandonarse a sí mismo y sus bienes, por un ideal solidario. Son muchos los habitantes de este espacio imaginario construido por Macías quienes han solicitado acceder a esta posibilidad de muerte digna. La mayoría de ellos, de modo similar con lo que le acontece al profesor Gómez, tiene que inventar algún motivo loable para acceder a una muerte rápida, limpia y que ablande la conciencia. En realidad, todos ellos han descubierto que «en su corazón no había nada similar a un afecto humano».

En la novela *Una cuestión personal*, del japonés Kenzaburo Oé, cuando el personaje principal decide hacer desaparecer a su pequeño y «monstruoso» hijo, enfermo de hidrocefalia, algo dentro de él le hace desistir. Se da cuenta, en efecto, de que no hay nada en su existencia que deba ser preservado de alguna virtual amenaza. Todo está desguarnecido. Así, el personaje, iluminado en medio del escepticismo, asumiendo la crisis y la ausencia de sustentos, decide no matar al hijo que ha engendrado. Es decir, se plantea que a lo mejor es necesario reconocer que es posible engendrar a partir de las tinieblas.

Desde luego, en el caso del relato de Adolfo, no aparece un final esperanzador. El profesor Gómez ha migrado por diversos escenarios, y ha experimentado diversos estados de conciencia. Ha paseado su desesperación y vacío por los edificios de subsuelos inundados y tramitadores ambiguos de una burocracia kafkiana, y luego las ha llevado a los campamentos de misioneros gringos donde solamente se ora y trabaja, y donde las reflexiones sobre Dios, el bien y el mal, el sentido final de nuestra existencia, vuelven a recrudescer; hasta terminar convertido en otro de los mendigos que se alimentan de los cadáveres que genera la Sociedad Filantrópica de la ciudad. «Eso somos», se dice, sintiendo aún el sabor reciente del higadillo y la sangre que ha extraído del cuerpo viejo del sacerdote apóstata.

Adolfo Macías ha alcanzado en estas páginas que ahora nos entrega una construcción más sólida del personaje profesor de lógica Alterio Gómez, ser

que guarda semejanzas con grandes peces que moran en las profundidades del mar; ha logrado también robustecer la imagen del poeta marginal y mendigo, y sus poderes de penetración en la sique humana de las víctimas que caza me han hablado metafóricamente de la poesía como energía desbordante, invasiva e incluso destructora. El poeta selecciona de entre la masa humana, víctimas posibles, y penetra en sus temores más recónditos, pero también se deja seducir por sus maravillas. El poeta, de este modo, aparece como un asesino pero también como un suicida. Se alimenta, literalmente, de la carne y la sangre de los otros. Macías se mantiene, por otra parte, fiel a sus viejas obsesiones, como los sueños y sus posibilidades de conocimiento y exploración humana, la creación de atmósferas absurdas e irreales, esperpénticas, que de todas maneras hablan a los lectores de referentes inmediatos, como el deshumanizado mundo de las élites y sus redes mundanas. Con el afán de meterse con el poder y los poderosos, simbolizados y caricaturizados por ministros cínicos, homosexuales hipócritas y de doble discurso, les da nombre e identidad que, ficticios y todo, no dejan de aludir a hechos que resultan, quiéralo o no el autor, coyunturales: desfalcos, movidas en el congreso, componendas políticas. La presencia de estos elementos tan claros del referente político ecuatoriano le restan universalidad a la historia, y fuerzan un ancla allí donde no es preciso. Adolfo ha logrado aires universales y atemporales justamente por la presencia de ambiguos referentes epocales, gracias a los cuales conviven técnicas de gobierno y administración propias de los estados policiales de los que ahora la humanidad es víctima con unos mecanismos y utensilios concretos más adecuados para siglos pasados que para esta desorbitada y angustiada modernidad.

Dije al comenzar estas líneas que cierta dosis de truculencia me ha resultado gratuita, acaso porque gire en torno a personajes que cumplen roles accesorios. En cambio, en cuanto a los ámbitos, es magistral la construcción de una ciudad, Quito, como un termitero que nunca se cansa ni concluye su inútil labor; cruel, en la que los mendigos y los estudiantes de medicina se disputan los cadáveres, unos como fuente de sobrevivencia, y otros como un vehículo de aprendizaje y dominio de las ciencias del reino natural. Y no solo es un acierto la construcción de ese espacio real y evocado a la vez, presente, pasado y futuro simultáneamente, sino que lo es, sobre todo, la reflexión acerca de los seres humanos, condenados desde su propia esencia, puesto que son «animales metafísicos desgarrados por la impotencia», a la extinción decretada por un poder implacable e inapelable. El personaje protagónico, un profesor de una materia de tiempos antediluvianos, como es la lógica, ha emprendido en estas páginas un viaje, desde el absurdo de la rutina, hacia la búsqueda del sentido de su transcurrir. Ha atravesado un mar de tormentos y de posibles conocimientos, pues ha bebido la sangre de otros, ha escapado de mo-

rir de hambre y sed, ha devenido en mendigo, ha encontrado la sabiduría para dialogar con su perro Argos, ha entrevisto el mundo hermético de los iniciados en la magia y la muerte. Finalmente, se entrega a los brazos de la imagen que en sueños le asalta: un laberinto que se ve intermitentemente invadido por las olas del mar. Allí, recibe la muerte. Se la proporciona un poder hiperbólico que requiere de héroes de papel desechable y simultáneamente es devorado también por su maestro y su discípulo, el poeta de la calle.

Alguna ocasión escribí que Adolfo abusaba, como todos los ecuatorianos, de los gerundios, cosa que, al parecer, le ha preocupado mucho. El estilo de Adolfo va tornándose más terso, excepto, tal vez en los diálogos que a momentos resultan forzados. Ha dado el gran salto desde el género del cuento hacia la novela. Salto difícil. El autor, del que esperamos mucho, irá descubriendo y no cesará de hacerlo, e irá explorando las viejas obsesiones sin que eso implique, de modo alguno, la repetición ociosa de motivos temáticos, sino de seguro, la construcción de un universo poético propio.

Detrás de las palabras cuyas laten significativas presencias para el ser humano de este perturbador comienzo de siglo. Me parece que allí está, por ejemplo, el condenado por un tribunal implacable y anónimo de *El proceso*, de Franz Kafka, y también Meursault, el protagonista de *El extranjero*, en cuya existencia empieza a reparar la sociedad, para explorar sus culpas y sus delitos, solo cuando comete un asesinato a sangre fría, aquel Mersault cuyo vecino tiene un perro sarnoso al que termina pareciéndose tanto.

Aquí están también las habitaciones repetidas hasta la infinidad, de todos los seres solitarios para quienes probablemente solo la muerte represente una posibilidad de justificación. Desde luego, también está Dios, o su terrible ausencia, o sus asesinos y detractores, o quienes desesperados y huérfanos lo persiguen vía métodos poco ortodoxos.

Desde que leí su primer libro siempre me he preguntado quién es este Adolfo Macías, de las páginas y las imágenes de cine perturbadoras, violentas, habitadas perpetuamente por carniceros o rosacruces y mujeres cuya identidad fluctúa entre la locura y la provocación. Quién es este Adolfo con sus vampiros y vampiresas. Pero la función de esta lectura mía no es, carezco de las herramientas y el interés vital, explorar en los demonios personales del autor. Como lectora de sus páginas, puedo afirmar que ese mundo construido explora en mis cavernas, en mis meandros, en las cavernas y los meandros del espíritu humano. Me dice mucho de mi entrañable, amada y odiada ciudad y, por supuesto, hay bordes que hubiera sido posible afinar y sentidos que a él como autor y a mí como lectora, llámese lectora cómplice o lectora jueza, lectora calificada o lectora ingenua, se nos escapan irremediablemente. Esos sentidos y esas ausencias solo pueden ser percibidos, o echados de menos por los lectores en su ejercicio de lectura y desciframiento. ♣